

**Pablo Martín Sanguiao**



# **La revelación de la Divina Voluntad**

**en la vida y en los escritos  
de la sierva de Dios  
Luisa Piccarreta**

**a la luz de la Divina Revelación  
y de la Fe de la Iglesia**



¡Bendita y adorada sea,  
cada vez más deseada y conocida,  
eternamente gracias le sean dadas y sea infinitamente amada  
la Divina Voluntad!

## 1

### 1 - Nuestro testimonio.

*«¡Santa, Santa, Santa! Honor y gloria a la Voluntad de nuestro Soberano Señor, y gloria y tres veces Santa sea la que ha hecho que actúe esta Suprema Voluntad»* (Vol. 18º, 15.08.1925).

Antes de hablar de la Divina Voluntad, deberíamos besar siete veces el suelo, deberíamos lavarnos muy bien la boca. Nos haría falta aquel carbón ardiente, que tocase nuestros labios para purificarnos, como a Isaías. Confieso ante Dios, ante todo el Cielo y ante la Iglesia mi nada, mi inmensa ignorancia e indignidad, sobre todo para hablar de esta Adorable Voluntad. Tengo que decir con Isaías (6,5): *“¡Ay de mí! ¡Estoy perdido, pues soy hombre de labios impuros y en medio de un pueblo de labios impuros vivo; y sin embargo mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos!”*

Sí, yo he visto su Luz, con los ojos del corazón y la mente, *“porque es eterna su Misericordia”*. Sí, *“la hemos visto y de ella damos testimonio”* (1ª Jn.1,2). Pero, *“¿quién está a la altura de esta misión? Nosotros no somos como tantos que trafican con la palabra de Dios, sino que con sinceridad y movidos por Dios, bajo su mirada, hablamos”* (2ª Cor.2,16-17).

Me esfuerzo por decir lo que sé, y sin embargo reconozco que no sé lo que digo. Así mismo pido perdón a Dios y a su Santa Iglesia por mi miserable testimonio, por transmitir de una forma sin duda no adecuada y quién sabe cuánto imperfecta el mensaje de la Divina Voluntad, y por ser y vivir aún tan lejos de todo lo que creo y digo. Pero el Señor no quiere que de El apartemos la mirada en ningún caso. Por tanto, basta; cual es su Misericordia hacia mí, otra tanta pido y espero para todos mis hermanos.

### 2 - El testimonio dado en la Revelación pública, fe de la Iglesia.

Las verdades sobre la Divina Voluntad las encuentro *ahora*, más o menos desarrolladas, en la Divina Revelación, en la Sagrada Escritura, pero no habría podido percibir las (y me doy cuenta que nadie habría podido hacerlo) sin la decisiva luz de los escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, *“la pequeña Hija de la Divina Voluntad”*.

No tengo noticia, ni me resulta que otros autores espirituales en la Iglesia hayan tratado este tema como ella. No existe nada semejante, ni en extensión, ni en profundidad. La doctrina que resulta de sus escritos es un conjunto de afirmaciones

- absolutamente coherente,
- de la máxima limpidez,
- plenamente legítimo, a la luz de la Revelación pública y de la doctrina segura de la Iglesia.

Para confirmarlo, basta leer las palabras del Papa Benedicto XVI en su primera encíclica *“Deus Caritas est”*, en el n. 17:

*“El reconocimiento del Dios viviente es un camino hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la Suya una inteligencia, voluntad y sentimiento en el acto totalizador del amor. Sin embargo se trata de un proceso que se va realizándose continuamente: el amor nunca está «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y precisamente por eso permanece fiel a sí mismo. Idem velle atque idem nolle – querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos reconocieron como auténtico contenido del amor: llegar a ser el uno semejante al otro, que lleva a la comunión del querer y del pensar.*

*La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en el hecho que esta comunión de voluntades crece en comunión de pensamientos y de sentimientos, y así, nuestro querer y la Voluntad de Dios van coincidiendo cada vez más: la Voluntad de Dios ya no es para mí una voluntad extraña, que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi misma voluntad, conforme a la experiencia que, de hecho, Dios me es más íntimo que yo mismo. Entonces crece el abandono en Dios y Dios se convierte en nuestra alegría (cfr Sal 73 [72] 23-28).”*

### **3 - El testimonio de Luisa.**

Todo lo que Luisa escribió, no lo hizo por su propia iniciativa, sino obedeciendo al mandato de la Iglesia. Tuvo cinco Confesores, designados por la autoridad de sus varios Arzobispos, para que cuidaran de ella (¿una laica desconocida! ¿Cuándo se ha visto?) y de los escritos que ellos mismos le mandaban que escribiera.

Todo lo que Luisa escribió no es fruto de su inteligencia, sino de su vida, es lo que ella vivía. Son el primer testimonio insostituible de las *grandes cosas que el Todopoderoso ha hecho en ella, porque ha mirado la nulidad de su sierva*. Han sido escritos con el doble y tremendo sello y garantía de la cruz y de la obediencia. El Padre Aníbal María di Francia (canonizado el 16 de Mayo de 2004), que visitó a Luisa como confesor extraordinario durante 17 años, nombrado censor eclesiástico de los escritos de Luisa en la Arquidiócesis de Trani (Italia), examinó los primeros 19 volúmenes, además de *“Las horas de la Pasión”*, que publicó en cuatro ediciones. No halló nada de erróneo o de peligroso; por el contrario, quedó muy edificado, si bien en alguna de sus cartas a Luisa le habla de ciertas dificultades que algún sacerdote habría encontrado (por ejemplo, el hecho de que Jesús va pronunciando las palabras de la Consagración sobre algunas almas víctimas). A todos esos volúmenes les puso su *“Nihil obstat”*, y así mismo obtuvo el *“Imprimatur”* del Arzobispo.

De todo lo que escribió como dicho por Ntro. Señor a ella, el Señor precisamente lanza un reto abierto, a ver quien es capaz de hallar algún error de doctrina, y exige que todo lo que El ha dicho sea publicado como El lo ha dicho, respetando cada palabra. No es impedimento para ello el modo como Luisa escribe, lleno de errores gramaticales (de ortografía y sintaxis); por el contrario, ese pobrísimo envoltorio humano es providencial para detener a quien no se acerca con la actitud correcta.

También hay personas a quienes de alguna forma les llama la atención la figura y la vida de Luisa, pero que ante sus escritos sienten sólo dificultad e incluso hostilidad. Querer hacer de ella una Santa (y tener una Santa así podría ser incluso cuestión de prestigio), pero a la vez ignorando o queriendo dejar a un lado sus escritos, sería como pretender la concha y no querer la perla que contiene.

#### 4 - Es necesario hablar de Luisa.

En sus escritos, el Señor le exige a Luisa que no oculte que todo se lo ha dicho El, y que no oculte que se lo ha dicho a Luisa y no al viento o a quién sabe...

Luisa no resulta significativa tan sólo por su obediencia "*hasta la muerte y muerte de Cruz*", es más, hasta el punto de no tener que morir porque así quería la obediencia; no es sólo admirable su vida crucificada como Víctima, porque en realidad esta vocación fué *la condición y el prólogo* de otra misión aún más importante y decisiva: ser ella la depositaria de los secretos del Rey, del tesoro de la Divina Voluntad como vida, ser ella la primera de la nueva generación, inédita, de los hijos que tendrán como vida la Divina Voluntad. Ese es su nombre nuevo: "*la pequeña hija de la Divina Voluntad*".

Cuando el Señor le habla de ella y de la misión que le encomienda, además del estado de víctima, le presenta como modelo y punto de referencia, *inalcanzable*, a su Madre Santísima, y le habla de la misión de la Stma. Virgen como Madre del Redentor. Ello hace aparecer a Luisa en un contexto extraordinario, único, no porque ella sea grande (al contrario, le dice que es "*la más pequeña que ha encontrado*"), sino por cuánto es grande la misión que le ha confiado: la de responder a Dios, en nombre de todos, para acoger el Reino de la Divina Voluntad en la tierra, como reina en el Cielo.

#### 5 – Su mensaje. La revelación privada que Luisa ha recibido es, en resumen, **vivir en la Divina Voluntad**, algo muy distinto de **hacer la Voluntad de Dios en lo que manda o permite**.

Es imposible que Luisa (o alguien) se haya inventado todo ésto.

Es imposible que antes de ella haya sido una cosa conocida: existirían las pruebas.

Es imposible que –de la forma como se lo explica y lo enseña Ntro. Señor–, si hubiera sido conocido y vivido por alguien en la Iglesia, nunca se hubiera hablado de ello. Esto es otro reto de Jesús: desafía a poder hallar un solo libro de espiritualidad o la vida de un Santo, que diga lo que El está diciendo *por primera vez* a Luisa.

Es imposible que Luisa hable de ello como habla, si no lo hubiera vivido, igual que es imposible conocerlo y vivirlo sin hablar este lenguaje, sino el lenguaje propio de la voluntad humana, *protagonista* de su propia virtud y vida espiritual.

#### 6 - Nos hallaríamos ante un dilema:

- o Luisa es (según sus palabras) "*el alma más soberbia del mundo*", con todo lo que la soberbia lleva consigo,

- o lo que dice, obligada por la obediencia a hacer este sacrificio, **es todo verdad**.

Está clara la respuesta. Al hablar de la Divina Voluntad no se puede ignorar a Luisa, no ya por ella, sino por su doctrina espiritual, que no puede ser separada de ella. Y al hablar de su doctrina, como cuando hablamos de ella, hallamos una serie de afirmaciones "*que parecen increíbles*" (como dice ella misma, que tantas veces hubiese querido quemar sus escritos por ese motivo, pero la obediencia se lo impidió).

Tales afirmaciones, o contradicen la sana doctrina revelada que nos enseña la Iglesia (en cuyo caso deberíamos huir inmediatamente), o no la contradicen. Si la contradicen, es un deber decir exactamente *en qué y demostrarlo*. Si no son cosas conocidas, eso no quiere decir que estén en desacuerdo con la doctrina revelada.



Por lo demás, Ntro. Señor desafía a encontrar un solo error y reivindica su derecho indiscutible a revelar sus verdades cuando quiere y a quien quiere, y a dar sus cosas a sus criaturas. A nosotros nos toca solamente comprobar si ello es posible, nomar nota y obrar por consecuencia. “*No le toca a la criatura dar leyes al Señor, sino doblegar la frente y adorar en silencio*”. **¡Es el derecho de Dios!**

Y el Señor nos da una regla de discernimiento que nos pone “contra la pared”: “*Mi doctrina no es mía –lo mismo puede decir Luisa– sino de Aquel que me ha enviado. Quien quieta hacer su Voluntad reconocerá si esta doctrina viene de Dios o si Yo hablo por mi propia iniciativa*” (Jn.7,16)

## **8 - Paradoja, sufrimiento, apología.**

¿Pero quién lo dice? ¡Luisa! ¿Y quién es Luisa? ¡Una pobre criatura, nadie! ¿Y entonces la Iglesia no cuenta? ¡Pero es Dios el que habla, no sólo *en* su Iglesia, sino *a* su Iglesia! ¿Pero quién puede decir eso? (... Y así llegamos a la última trinchera: “hasta que no se pronuncie la Iglesia...”)

Llegando a este punto, le pregunto al Señor:

Señor, Tú has establecido “las reglas del juego”, o sea, que las verdades reveladas por Tí, que hemos de creer, las conocemos y aceptamos por el testimonio y la autoridad de tu Iglesia amada. ¿Qué debemos hacer cuando Tú mismo –como *nos parece* en ciertos casos– te saltas las reglas?

De acuerdo: “no son doctrina de la Iglesia”, al menos *por ahora*, y Luisa es vista por algunos con recelo como peligrosa, mientras que otros han dado hermosísimos testimonios de consentimiento y devoción a ella y a sus escritos (por ejemplo, San Anibal María di Francia, el Cardenal Fernando Cento, y tantos otros). Pero sus escritos fueron secuestrados en el archivo secreto del Santo Oficio, el cual puso en el Índice de libros prohibidos tres de ellos, publicados precisamente por el P. Anibal. ¿Y entonces? ¿Acaso la Iglesia ha condenado en concreto algún punto de sus escritos? **No**. Simplemente, **todavía no ha explicado ni confirmado nada**. La misma Luisa lo dice en una carta: “*Nosotros no hablamos de algo que la Iglesia haya condenado, sino de algo que la Iglesia todavía no conoce y que un día conocerá con triunfo y victoria*”.

¿Podemos creer? A nuestro propio riesgo (y beneficio), no a riesgo de la Iglesia. Es más, la Iglesia –o mejor dicho, algunos hombres con autoridad en ella– no desean que se hable de eso. Pero deben recordar que “*si éstos callan, gritarán las piedras*” (Lc.19,40).

¿Qué podemos hacer, Señor? Si Tú nos das todos los motivos y la gracia inmensa de creer, y por otra parte tu Iglesia, sin que haya condenado nada, aún no acoge, sino que desconfía (...pero esa desconfianza no es de la Iglesia, que aún no se ha comprometido, sino de algunos hombres con autoridad en Ella, que de esa forma se están comprometiendo seriamente, a su propio riesgo ...), entonces quieres decir que en una situación paradójica como ésta, que nos toma entre dos fuegos, **¡sólo Tú puedes intervenir y resolverla, Señor!** ¡Está comprometida tu Gloria!

*“Esta es la Voluntad de Dios, vuestra santificación”* (1ª Tes.4,3).

### TRES PASOS: CONOCERLA – ACEPTARLA – HACERLA VIDA PROPIA

Dice Jesús: *“Yo tengo para comer un alimento que no conocéis... Mi alimento es hacer la Voluntad de Aquel que Me ha enviado y realizar su Obra”* (Jn.4,32-34).

*“No dejamos de pedir por vosotros y de pedir que tengais **un pleno conocimiento de su Voluntad**, con toda sabiduría e inteligencia espiritual”* (Col.1,9).

*“... Porque Dios nos ha hecho conocer **el misterio de su Voluntad**”* (Ef.1,9).

Por lo tanto, la Divina Voluntad es objeto de conocimiento, el más sublime, y también es un misterio *“oculto desde siglos eternos en la mente de Dios”* (cfr. Rom.16,25; Ef.3,1-5, 9-12)

*“Por eso, habiendo preparado la mente a la acción, vigilad poniendo toda vuestra esperanza **en esa gracia que se os dará cuando Jesucristo se revele**”* (1ª Pe.1,13).

La Divina Voluntad es una *“gracia”*, un don futuro, el más deseable, relacionado con la futura *Rivelación* o *Parusía* de Cristo.

*“Amadísimos, nosotros desde ahora somos hijos de Dios, pero lo que seremos aún no ha sido revelado. Lo que sabemos es que cuando El se manifieste **seremos semejantes a El**, porque Lo veremos como El es”* (1ª Jn.3,2).

En efecto, existe una revelación, que para San Juan era futura y que tiene que ver con Jesús y con nosotros, la cual nos ha de conducir a la semejanza divina perdida.

San Pablo pedía para que tuviéramos **un pleno conocimiento de la Divina Voluntad**, con toda sabiduría e inteligencia espiritual. Y Nuestro Señor, en su última Cena dijo: *“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero por el momento aún no sois capaces de soportar el peso. Mas cuando venga el Espíritu de la Verdad, El os conducirá a la Verdad **completa**, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que haya oído y os anunciará **las cosas futuras**”* (Jn.16,12-13). Y al acabar oró, diciendo al Padre: *“Yo les he dado a conocer tu Nombre y **se lo daré a conocer**, para que el Amor con que Me has amado esté en ellos y Yo en ellos”* (Jn.17,26).

Es evidente cuánto sea importante **el conocimiento**. En la medida que conocemos una cosa, la apreciamos, la deseamos, la amamos y por consiguiente la poseemos.

**La Divina Voluntad es la gran desconocida**, a pesar de las importantísimas y elocuentes indicaciones que da la Sagrada Escritura. Por *“Divina Voluntad”* se entienden distintas cosas. Existen ciertos equívocos que aclarar:

- **En cuanto noción.** El conocimiento que se tiene de ella es impreciso y restringido, tanto entre los teólogos, como entre la gente común. Por ejemplo:

- La idea que se tiene de la Voluntad de Dios es que sea como una facultad Suya, análoga a como se la considera en el hombre, casi secundaria a la Inteligencia y ambas relativas a la Naturaleza Divina, a la *“sustancia”* del Ser Divino. Algo así como uno de sus atributos... En los tratados de Teología, a menudo no pasa de una nota o un apéndice. Es significativo que en general se escriba con minúscula.

- O bien, cuando se habla de *“Voluntad de Dios”*, se piensa siempre en lo que Dios quiere o no quiere, en lo que manda o prohíbe o permite... O sea, se considera

siempre, repetimos, como “*complemento directo*” (lo que Dios quiere) y no como *el sujeto* (Quien quiere). De modo que “*hacer la Voluntad de Dios*” significa hacer nosotros, con nuestra voluntad, de acuerdo con Dios, *algo* que Dios quiere.

- **En cuanto reacción.** Por ejemplo, cuando nos dicen “*tienes que hacer tal cosa porque es voluntad de Dios*”, sentimos cierta reacción de desconcierto e impotencia, no se discute, no hay escapatoria, “nos han dado jaque”... ¿Por qué será?

- **Como problema,** la mayor parte de las almas buenas no es capaz de percibir de la Voluntad de Dios más que esto: “*¿Y cómo puedo saber si una cosa es Voluntad de Dios?*”. Es decir, que su problema termina en ellas mismas. Ellas ocupan siempre el centro del problema vital; Dios está en función de ellas. Son ellas **las protagonistas** de su vida.

Por el contrario, la Divina Voluntad, que Jesús en el Evangelio llama “*la Voluntad del Padre*”, **es la realidad más íntima, vital, esencial de Dios.** “*Ah, todo está en mi Voluntad. El alma, si la toma, toma toda la sustancia de mi Ser y encierra todo en sí*” (vol. 11°, 2-3-1916).

De forma tal vez más intuitiva podemos decir que su Voluntad es *el sustantivo* (la palabra que expresa la sustancia), mientras que todos los atributos divinos, Amor, Bondad, Eternidad, Inmutabilidad, Inmensidad, Justicia, Misericordia, Omnipotencia, Omnividencia, Santidad, Sabiduría, etc. son *sus adjetivos*.

Añadamos que “**el Divino Querer**” es la Voluntad de Dios en acto, indica lo que hace y por eso es *un verbo*. La distinción entre “**voluntad**” y “**querer**” (aunque de hecho coinciden) es la misma que hay entre “el corazón” y “el palpitar”, o bien entre un motor y el acto de estar en movimiento. Otra cosa es el efecto que produce el palpitar (la vida) o el funcionar del motor (viajar, por ejemplo). En el caso del “*querer*”, el efecto que produce es “*el amor*”. Así, bien puede decir Luisa que “*el Amor es el hijo de la Divina Voluntad*”, o sea, su manifestación y comunicación.

La Divina Voluntad está por encima y más allá de todo lo que hace, de lo que Dios manda o prohíbe o permite. Es la fuente y razón suprema de todo lo que Dios es, de la Vida inefable de la Stma. Trinidad y de sus Obras de Amor eterno. Es como “el motor” íntimo de Dios, que da vida a todo lo que El es y a todas sus obras. Es como “el Corazón” de la Santísima Trinidad.

¿Pero, por qué es lo más desconocido entre los hombres, siendo lo más grande y maravilloso? ¿Por qué ante la Voluntad de Dios se siente el esfuerzo de someterse a una decisión ajena, que es poder incuestionable, que no se puede evitar?

Porque el único problema que en el fondo existe, es el de las **relaciones entre la Voluntad de Dios y la nuestra**. Ambas estaban ya representadas en aquellas misteriosas y *simbólicas* plantas del Paraíso terrenal: **el Arbol de la Vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal** (Gén.2,9). El fruto bendito del primero era la Vida; el fruto del segundo, del que el hombre no debía comer, es la muerte.

La Voluntad Divina había “descendido” por amor en su obra de la Creación; está presente en cada cosa creada, a la cual da existencia, energía y vida, la vida de sus infinitas cualidades, por lo cual “*los cielos y la tierra están llenos de su Gloria*”.

También en el hombre, Adán, creado *perfecto e inmaculado*, **la Divina Voluntad estaba presente para ser su vida**, y tanto más era gloriosa en él, cuanto el hombre superaba en dignidad y belleza a todos los demás seres creados. Pues los demás seres



son obras, criaturas de Dios, pero el hombre, Adán, fue creado como *hijo* de Dios (Lc.3,38). En Adán, Dios decretó a todos los hombres futuros y quiso que fueran sus *hijos*; pero Adán y toda su descendencia eran llamados a ser *hijos* de Dios en Jesucristo, el Verbo Encarnado, “*el primogénito*” entre todas las criaturas (Col.1,15-17) “*la Cabeza de todo hombre*” (1ª Cor.11, 3), “*el Heredero de toda la Creación*” (Lc.20,14). En Adán, hijo de Dios, la Divina Voluntad quería formar, no sólo la vida natural, puesto que Adán fue hecho “*alma viviente*” (1ª Cor.15,45), sino la misma Vida sobrenatural de Dios; y eso era un don por gracia. Eso significa que el Arbol de la Vida estuviera “*en medio del jardín*” (Gén.2, 9).

Pero hacía falta que el Don fuera aceptado libremente y por amor, así como libremente y por amor Dios lo ofrecía. Ese es exactamente el sentido de **la prueba**. Sin la prueba, libre aceptación total de la Voluntad Divina, Dios hubiera tenido *siervos*, más aún, *esclavos*, pero no *hijos*, cosa indigna de su Amor. El hombre hubiera tenido que tener su voluntad humana “*como si no la tuviera*”, o sea, habría debido sacrificarla, ésto es, consagrarla, es decir, entregarla como ofrenda de amor a Dios, para dar espacio en ella al Don de la Voluntad Divina.

¿Pero qué significa que el hombre hubiera debido tener su voluntad “*como si no la tuviera*”? En una palabra, ¿tenía o no tenía que tenerla? Es el mismo problema del Arbol del conocimiento del bien y del mal: tenía que estar allí, en el jardín del Edén, pero el hombre no tenía que comer su fruto, para no morir.

¿Qué quiere decir todo ésto? Que en ese “*Paraíso terrenal*”, que era la naturaleza del hombre, no puede absolutamente faltar la voluntad humana, nuestra facultad decisional activa, cuya característica esencial es la de ser libre, tener el “*libre albedrío*”. Este es claramente un don divino al hombre, que por sí solo demuestra cómo ha sido creado “*a imágen*” de Dios. En efecto, poder decidir sin constricción es algo súmamente noble, propio de Dios, aunque en la criatura es también un riesgo gravísimo y necesario: puede rechazar a Dios por preferirse a sí misma. Eso es precisamente lo que hizo Lucifer y lo que en medida inferior hace el hombre cuando peca.

A la naturaleza humana, en la cual el hombre era y es “*a imágen*” de Dios, Dios añadió un don divino, como una corona real, un don sobrenatural: **el don de su Adorabilísima Voluntad**, por la que el hombre era “*a su semejanza*”.

Dios lo hizo a su imágen, para que el hombre viviera y actuara a su semejanza, como un pequeño Dios creado, para poderlo amar y que él pudiera amarlo, y de este modo llegara a ser “*partícipe de la Naturaleza Divina*” (2ª Pe.1,4).

Pero en el momento de la respuesta en la prueba, el hombre dijo a Dios que no, desobedeció y con suma ingratitud despreció a su Creador y a su Regalo: quiso hacer su propia voluntad. En eso consiste **el pecado**. Rechazó la Divina Voluntad y la perdió, de su cabeza cayó la corona real y dejó de ser semejante a Dios.

La Divina Voluntad ya no pudo seguir viviendo y reinando en el hombre, se vió expulsada y quedó oculta en la Creación, ignorada por el hombre (y es por eso que “*toda la Creación gime y sufre hasta hoy en los dolores del parto*”: Rom.8,22). Quedó como una afectuosísima madre, privada de sus hijos, porque no la reconocen, la ignoran y ofenden brutalmente; pero mientras, Ella sigue cuidando de sus hijos ingratos, sirviéndoles per medio de todas las cosas creadas, dándoles lo poco que puede, a causa de su ceguera y lejanía, esperando el día en que su luz logrará penetrar

en sus mentes obcecadas y finalmente la acogerán y le harán que reine en ellos como vida propia. El pecado es hacer como un niño que, apenas empieza a hablar, lo primero que dice no es “¡Papá, mamá!”, sino: “¡Vete de mi vida, no te reconozco, no te quiero, no te serviré!”. Es dar vida al propio querer humano, rechazando la Voluntad Divina.

Y es que debemos saber que **la Voluntad Divina y la voluntad humana tenían que vivir en tal unión de amor, que no pudiera distinguirse una de otra**, como pasa con una gota de agua que se echa en el mar. Por eso, más que unión, tenían que **vivir en la unidad de un solo querer, el Querer Divino**.

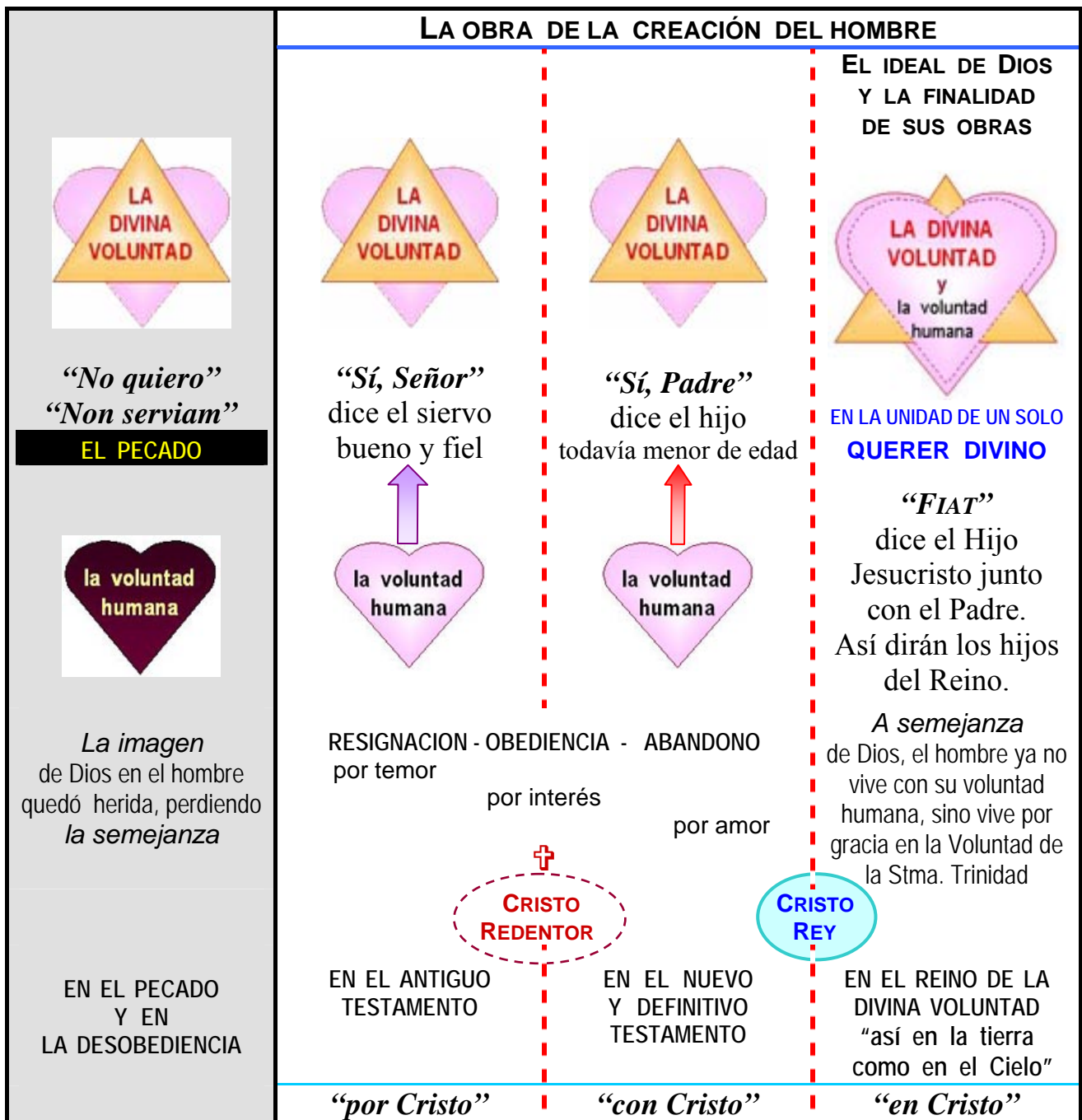
Es lo que ocurre precisamente en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. El tiene por naturaleza una Voluntad Divina (que es la misma Voluntad del Padre y del Espíritu Santo) y una voluntad humana, que ha conservado siempre inocente y fiel, y que sin embargo ha tenido perfectamente inmolada... Jesús la tenía *como si no la tuviera*, porque **ambas voluntades vivían y actuaban en la unidad de un solo Querer, el Querer Divino**. No ha vivido una doble vida, “unas veces como Dios y otras veces como hombre”, no, sino siempre y en todo como el Hombre-Dios que es. Por eso, todo lo que El hizo con su perfecta naturaleza humana, aun las cosas más pequeñas, como comer, dormir, llorar, caminar, conversar, sufrir, etc.) era fruto de un Querer Divino, Infinito, Eterno, Santísimo... Son por tanto de un valor infinito y divino, su alcance es eterno y universal, y no sólo porque son de Alguien que es una Persona Divina, sino porque son fruto de un Querer Divino.

Se percibe lo que es *la cruz-dolor*: está formada por esas **dos voluntades que se oponen, cruzadas como los dos palos, como los troncos de aquellos dos árboles**. El vertical es la Voluntad de Dios; el horizontal, que dice “no quiero”, es la voluntad del hombre.

Entonces Jesús, que en su Encarnación había unido en feliz *desposorio* su Voluntad Divina y su voluntad humana, ha asumido en Sí a todas las criaturas para unir las de nuevo a Dios. Encontró la Voluntad de Dios y las voluntades humanas en oposición, en forma de “*cruz-dolor*”, y así las hizo suyas para cubrirlas con “*Cruz-Amor*” y de este modo destruir su contraposición y su recíproco dolor. Y la “*Cruz-Amor*” de Jesús, sobre la cual vivió siempre, recostado en plácido abandono, no es sino los brazos amorosos del Padre Bueno que Lo sostienen, su dulcísima e inmensa Voluntad, que para Jesús es el alimento, el descanso, la Vida. *¡La Divina Voluntad son los brazos amorosísimos del Padre!*

¿Acaso no percibimos el eco lejano de un cántico nuevo de victoria, de Amor, de Resurrección, *precisamente* en la misma “*Cruz-Amor*” de Jesús, el palpitar de toda su vida?

¿Por qué no lo oímos en nosotros? Porque en nosotros no está la *Cruz-Amor* de Jesús, sino solamente la *cruz-dolor*, la *cruz-soportación*, la *cruz* que llevamos arrastrándola nosotros y no la *Cruz* que nos lleva en sus brazos...



**Ante la Voluntad de Dios puede haber distintas actitudes:** van desde la ruptura de toda relación de vida y de amor con Ella (el pecado) a la reconciliación (la obediencia). En ésta hay diferentes grados: *resignación, sumisión por temor, por interés, por amor, abandono confiado...* Se trata todavía, a lo sumo, de un regreso de la voluntad del hombre, que se esfuerza por unirse cada vez más a la Voluntad de Dios. Pero eso no le basta al Amor de Dios, el Amor exige la unidad. La unidad de un solo Querer. Como sucede entre las Tres Divinas Personas.

La Sagrada Escritura nos presenta un binomio: *el siervo y el hijo*.

Recordemos la historia de Abrahám. Su problema era el mismo problema de Dios: “Yo me voy sin hijos... y todo lo que tengo, ¿para quién será?” (cfr. Gén.15).

Los justos del Antiguo Testamento han sido los *siervos* buenos y fieles, mientras los del Nuevo, después de la Redención, son *los hijos*. El problema del Patriarca Abrahám era el mismo que el de Dios: no puede ser su heredero el siervo, pues éste,

aunque vive con El en su casa y disfrutando de sus cosas, no comparte su Amor, su Vida, sus supremos derechos, como los comparte el Hijo. ¡El Heredero ha de ser tan sólo el Hijo, porque *la Herencia* no consiste tanto en las cosas del Padre, cuanto en el mismo Padre!

Dijo Jesús a los Apóstoles en la última cena: “*Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que Yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su dueño, sino que os he llamado amigos, porque todo lo que le he oído al Padre os lo he dado a conocer*” (Jn. 15,14-15). Y apareciéndose resucitado a María Magdalena, dijo: “*Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*” (Jn.20,17).

Los Apóstoles nos ofrecen otra clave para comprender las distintas relaciones con la Voluntad del Padre. San Juan exclama: “*¡Qué gran amor nos ha tenido el Padre, para ser llamados hijos de Dios, y realmente lo somos! Amadísimos, desde ahora somos hijos de Dios (¡así es, por el Bautismo! ¿Se podría pedir algo más?), pero lo que seremos aún no ha sido revelado. Sin embargo sabemos que cuando El se manifieste, seremos semejantes a El, porque lo veremos tal y como El es*” (1ª Jn.3,1-2).

Y San Pablo: “*Durante todo el tiempo que el heredero es niño (es menor) no es para nada diferente de un siervo (de un esclavo: en la forma de comportarse, en el modo de ser tratado, en la mentalidad), aun siendo dueño de todo; sino que depende de tutores y educadores hasta el tiempo establecido por el Padre*” (Gal. 4,1-2).

Así pues, respecto a Jesús tenemos el trinomio “*siervos, amigos, hermanos*”.

Y respecto al Padre tenemos el de “*siervos, hijos menores de edad* (¡todavía parecidos a los esclavos!), *hijos adultos como el Hijo*, semejante al Padre, digno de El.

El siervo “no sabe” lo que hace su Señor. El amigo “lo sabe”, pero el hijo “lo hace” con El. ¿Y qué es lo que hace? *Su Divina Voluntad*. Junto con El, como El: “*Así en la tierra como en el Cielo*”. Lo que es para Dios en el Cielo, lo es para los hijos semejantes al Hijo ya ahora, en la tierra.

¡Este “*ya ahora*” ha llegado, ha empezado! ¡Pero aún tiene que venir, o sea, tiene que “*manifestarse*”, que explotar, que triunfar! ¡Tiene que eliminar al reino rival, el reino del querer humano, del cual el demonio es tirano, el reino del pecado, de la infelicidad, de la mentira, de la muerte! “*Reino contra reino*”.

¿Acaso Dios puede estar resignado a su Voluntad? ¿Tal vez sometido a ella? ¿O incluso abandonado a ella? Evidentemente no. Entonces, ¿qué es para las Tres Divinas Personas su sacrosanta Voluntad? ¡Es *su propia Vida, la sustancia* de su Ser y de su Felicidad, es su *Todo!*

¡*Ese es el don supremo que Dios quiere dar a sus hijos!* O sea, que no sólo se porten bien, que sean buenos y obedientes a lo que les manda su Voluntad para merecer el Cielo, sino que aquí en la tierra Esta sea su Heredad, que la Voluntad Divina sea Voluntad *de ellos*: que tengan todo en común con Dios, como Jesús tiene todo en común con el Padre (“*Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío*”, Jn.17,10). Así el hombre *será como Dios*. Por medio de la Redención, Jesucristo ha reparado en el hombre *la imagen Divina*, herida por el pecado. En su venida gloriosa, manifestándose como Rey (la “*Parusía*”), le devolverá la *semejanza con Dios* perdida.

Se trata del don más grande que Dios puede dar de Sí, el Don de los dones: **su Divina Voluntad como Herencia y Vida de su criatura.**

Adán fue creado no sólo immaculado, sino incluso divinizado. A tantos preciosos dones naturales, Dios había añadido este don de gracia, su misma Voluntad. Le pidió tan sólo un acto de fidelidad, que no hiciera su propia voluntad humana, pero el hombre desobedeció. Se redujo a la condición del hijo pródigo de la parábola: un miserable pecador, el cual, por mucho que estuviera arrepentido, pudo ser acogido como *siervo*, mas no como *hijo*. Para volver a serlo, antes tenía que ser redimido. Solamente el Hijo de Dios por naturaleza, haciéndose Hombre, podía restituirle su condición regia de hijo de Dios por gracia mediante la Redención.

Jesucristo, el Hombre-Dios, es el único que tiene por naturaleza esa Voluntad Divina; sólo El puede darla a quien quiere y cuando quiere. Y con El, su Santísima Madre ha tenido por gracia la Divina Voluntad con plena posesión y vida, desde el primer instante de su Concepción Inmaculada. La presencia de esta Adorabilísima Voluntad en María como su propia vida, la hizo capaz de obtener de la Divina Justicia que el Cielo se abriera, para hacer que el Verbo de Dios bajara a encarnarse en su seno virginal. Esa Divina Voluntad no sólo le pidió a María una respuesta afirmativa, sino que Ella misma *la expresara con su “Fiat”*, junto con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esa Suprema Voluntad le dió a María la Fecundidad divina del Padre, Potencia creadora, Fecundidad virginal, su misma Paternidad, que en Ella se llama Maternidad divina.

**Y ahora, tras hacer que la Redención se conozca y complete su desarrollo en la Iglesia, *quiere darla* a todo el que la quiera y se disponga, a condición de ceder a Dios todo derecho y uso de la propia voluntad humana.**

Este Don de la Divina Voluntad lleva consigo, en primer lugar, **otro don misterioso, como único camino de acceso:** el de la *noticia* por parte de Dios, el de su *revelación y promulgación*. Y eso ya lo ha dado a su Iglesia por medio de una criatura que El ha querido llamar para esta misión única y altísima: **Luisa Piccarreta** (1865-1947), *“la Pequeña Hija de la Divina Voluntad”*, dando garantía de segura autenticidad con el doble sello de la cruz y la obediencia. Todo lo que Luisa ha escrito lo ha hecho por voluntad de la Iglesia.

Ahora, como en aquel tiempo, Jesús habla y dice: ***“Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que Me ha mandado. Todo el que quiera hacer Su Voluntad, conocerà si esta doctrina viene de Dios o si Yo hablo por Mí mismo. Quien habla por su cuenta, busca su propia gloria; pero quien busca la gloria de Aquel que lo ha mandado es veraz y en él no hay injusticia”***. (Jn.7,16-18).

Al anuncio del decreto de Dios de dar a sus hijos su Adorabilísima Voluntad, hacen eco las palabras del Angel a los pastorcitos de Belén: ***“No tengais miedo, os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo”*** (Lc. 2,10).

En este mismo momento Jesús exulta en el Espíritu Santo y dice: ***“Yo Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñitos. Sí, Padre, porque así Te ha agradado. Todo Me ha sido dado por el Padre mío y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”*** (Lc.10,21-22).



**“¡Os anuncio una gran Alegría!”**

A nosotros también, como a los pastores de Belén, se non ha dado el más grande Anuncio, suspirado por la Iglesia y mucho más por Dios: esa Voluntad que reina en el Cielo, ahora vuelve a la tierra para **“restaurar todas las cosas”** y traer **“los tiempos de la consolación”** (Cfr. Hechos, 3,20-21), ¡viene a reinar!

El Anuncio esta vez ha querido darlo personalmente el Rey Divino con este **“Llamamiento”** suyo, que es el anuncio de su Venida gloriosa. En él resuenan sus primeras palabras, cuando se encarnó entrando en el mundo: **“¡Aquí me tienes, que vengo –como de Mí está escrito en el rollo del Libro– para hacer, oh Padre, tu Voluntad!”** (cfr. Hebreos,10,7):

**“Mis queridos y amados hijos,  
vengo entre vosotros con el Corazón ahogado en mis llamas de Amor. Vengo como PADRE, en medio a los hijos, que tanto amo, y mi Amor es tan grande que vengo a quedarme con vosotros para hacer vida juntos y vivir con una sola Voluntad, con un solo Amor... Vengo con el cortejo de mis penas, de mi sangre, de mis obras y de mi misma muerte.**

**Miradme: cada gota de mi sangre, cada pena, todas mis obras, mis pasos, quieren daros a porfía mi Divina Voluntad. Incluso mi muerte quiere daros la resurrección de mi Vida en mi Voluntad. En mi Humanidad os he preparado todo y para vosotros he pedido gracias, ayuda, luz y fuerza, para recibir un Don tan grande. Por mi parte he hecho todo; ahora espero que hagais la vuestra. ¿Quién será el ingrato que no quiere recibirme ni aceptar el Don que le traigo?**

**Debeis saber que es tan grande mi Amor, que pondré a un lado vuestra vida pasada, vuestras mismas culpas, todos vuestros males, y los sepultaré en el mar de mi Amor, para que todo quede quemado, y empezaremos juntos una nueva vida, toda de Voluntad mía. ¿Quién tendá un corazón tan duro para rechazarme o echarme afuera, sin aceptar mi visita, llena de Amor Paterno? Pero si me aceptais, me quedaré con vosotros, como Padre entre mis hijos; sin embargo debemos estar perfectamente de acuerdo y vivir con una sola Voluntad.**

**¡Oh, cómo suspiro, cuánto gimo y deliro y hasta lloro, porque quiero que mis hijos queridos esten conmigo y vivan haciendo uso de mi misma Voluntad! Ya llevo casi seis mil años de largos suspiros y de lágrimas amargas de mi Santa Humanidad, porque reclamo y quiero que mis hijos estén a mi alrededor, para hacerlos santos y felices... Llego a llamarlos llorando, esperando que se compadezcan de mis lágrimas y de mi Amor, que llega a sofocarme hasta no poder más, y entre sollozos y gemidos voy repitiendo: Hijos míos, hijos míos, ¿dónde estais? ¿Por qué no venis a vuestro Padre? ¿Por qué vais lejos de Mí, vagando pobres y llenos de todas las miserias? Vuestros males son heridas para mi Corazón.. Ya estoy cansado de esperaros y, viendo que no venís, no pudiendo contener más el Amor que Me devora, vengo Yo a buscaros y a traerlos el gran Don de mi Voluntad...**

**Y no vengo sólo como Padre, sino como MAESTRO, en medio de mis discípulos, pero quiero ser escuchado. Os enseñaré cosas sorprendentes, lecciones de Cielo, que os darán una Luz inextinguible, un Amor que siempre arde... Mis enseñanzas os darán una fuerza divina, un valor intrépido, una santidad que continuamente crece; os facilitarán a cada paso el camino y os conducirán a la Patria Celestial.**

*Vengo como REY entre todos los pueblos, pero no para exigir impuestos y tributos, no. Vengo porque quiero vuestra voluntad, vuestras miserias, vuestras debilidades, todos vuestros males. Mi Soberanía consiste en ésto. Quiero todo lo que os hace ser infelices, angustiados, atormentados, para esconder y quemar todo en mi Amor. Y como Rey benéfico, pacífico, magnánimo, que soy, quiero daros en cambio mi Voluntad, mi Amor más tierno, mis riquezas y felicidad, mi paz y mi alegría más pura.*

*Si me dais vuestra voluntad, todo está hecho; me haréis felíz y seréis felices. No deseo sino que la Mia reine en medio de vosotros. El Cielo y la tierra os sonreirán. Mi Madre Celestial os hará de Madre y de Reina. Ya Ella –conociendo el gran bien que os restituirá el Reino de mi Querer, para satisfacer mis deseos ardientes y poner fin a mis lágrimas, y amandoos como verdaderos hijos suyos– va recorriendo todos los pueblos y naciones, para prepararlos a recibir el Reino de mi Voluntad. Ella fue la que me preparó los pueblos, para hacerme bajar del Cielo a la tierra; y a Ella encomiendo, a su Amor Materno, que me prepare las almas y los pueblos, para recibir un Don tan grande.*

*Por tanto, escuchadme, hijos míos: os ruego que leais con atención estas palabras que os pongo delante y sentiréis la necesidad de vivir en mi Voluntad. Yo estaré a vuestro lado cuando leais y os tocaré la mente y el corazón, para que comprendais y querais el Don de mi Querer Divino”.*

\* \* \*

*“Deseo tanto que las criaturas tengan mi Voluntad; es lo que más me importa, lo que más me urge. Todo lo demás, aun las cosas más santas, no me interesan como éso, y cuando logro que **el alma viva de mi Voluntad** me siento triunfante, pues en éso se encierra el bien más grande que puede haber en el Cielo y en la tierra” (23-03-1910) (\*)*

*“Que mi Querer sea lo que más te interese. Que mi Querer sea tu vida, tu todo, aun en las cosas más santas” (21-12-1911)*

*“Ah, todo está en mi Voluntad. Si el alma la toma, toma todo lo que es mi propio Ser y se hace dueña de todo” (02-03-1916)*

*“¡Oh, qué distinta es la santidad del alma que vive en el Querer Divino! Jesús se hace **actor y espectador** de lo que ella hace” (14-08-1917)*

*“**El vivir en mi Querer** soy Yo mismo. Esa fue la Santidad de mi Humanidad sobre la tierra, y por éso pude hacer todo y por todos” (27-11-1917)*

*“¿Has visto lo que es **vivir en mi Querer**? Es desaparecer, es entrar en el ámbito de la Eternidad, es penetrar en la Omnipotencia del Eterno, en su Mente increada, es tomar parte en todo y en cada acto divino, en la medida que a una criatura es posible; es gozar, aun estando en la tierra, de todas las perfecciones divinas; es odiar el mal de un modo divino; es ese extenderse a todos, sin agotarse, **porque la Voluntad que anima a esta criatura es Divina**. Es la Santidad que aún no se conoce y que haré conocer...” (08-04-1918)*

---

\* - De los escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, “la Pequeña Hija de la Divina Voluntad”.

*“Gracia más grande no podría conceder en estos tiempos tan calamitosos, de carrera desenfadada en el mal, que dar a conocer que **quiero dar el gran Don del Reino del «Fiat» Supremo**”. (09-09-1926)*

*“Por eso te hablo a menudo del vivir en mi **Querer**, que hasta ahora no he manifestado a nadie. Todo lo más han conocido la sombra de mi **Voluntad**, la gracia y dulzura que contiene el hacerla; pero penetrar en Ella, abrazar su inmensidad, multiplicarse conmigo y penetrar en todas partes –aun estando en la tierra–, en el Cielo y en los corazones, eso no se conoce todavía, tanto que a no pocos les parecerá extraño, y el que no tenga la mente abierta a la luz de la Verdad no comprenderá nada” (29-01-1919)*

*“Hija mía, no se quiere comprenderlo. **Vivir en mi Voluntad** es reinar en Ella y con Ella, mientras que **hacer mi Voluntad** es estar a mis órdenes. El primer estado es **poseer**; el segundo es recibir indicaciones, cumplir órdenes. **Vivir en mi Querer** es hacer suya mi **Voluntad**, como propia, es disponer de Ella; **hacer mi Voluntad** es considerarla como **Voluntad de Dios**, no como algo propio, sin poder disponer de Ella como se quiere. **Vivir en mi Voluntad** es vivir con una sola **Voluntad**, la de Dios... **Vivir en mi Voluntad** es vivir como hijo; el solo **hacer mi Voluntad** se puede decir, en comparación con lo primero, un vivir como siervo. En el primer caso, lo que es del Padre es del hijo...*

*Y además, ésto es un Don que quiero dar en estos tiempos tan tristes: que no sólo **hagan mi Voluntad**, sino que **La posean**. ¿Acaso no soy Yo dueño de dar lo que quiero, cuando quiero y a quien quiero?...Y no te extrañes si ves que no entienden: para entender deberían disponerse al más grande de los sacrificios: no dar vida, aun en las cosas santas, a la propia voluntad”... (18-09-1924)*

